

no vió la hora Don Quixote de verse á caballo, y salir buscando las aventuras. Y ensillando luego á Rocinante, subió en él, y abrazando á su huésped, le dixo cosas tan estrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar á referirlas. El ventero por verle ya fuera de la venta, con no ménos retóricas, aunque con mas breves palabras, respondió á las suyas, y sin pedirle la costa de la posada, le dexó ir á la buena hora.

neo de nuestro autor (*Tratado de Nobleza*, p. 110.) dice que este abuso empezó en tiempo de Enrique IV, y que continuó en el de los reyes Católicos. Añade que *los judíos eran los que mas afectaban el Don, y que en su tiempo le usaba la gente baxa, y hasta las ramerás públicas: especialmente en Andalucía, y no se ha corregido en el siglo XVIII.* Al fin de la referida novela de Vigilio Cordato se dice: *estas dos tenderas, que estan pesando en esta puerta del mar fruta y mondongo, los dias pasados se tiraban las infamias, como las pesas, y se arañaban las honras, como las caras, y dixo una: pues tú conmigo, Doña Teodosia? sabiendo que yo soy conocida en Málaga, y que soy hija de Doña Brigida de tal, y del mesonero de tal parte, que fue ventero veinte y un años y medio?*

CAPÍTULO IV.

De lo que le sucedió á nuestro caballero, quando salió de la venta.

LA del Alba (1) sería, quando Don Quixote salió de la venta tan contento, tan gallardo, tan alborozado, por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Mas viniéndole á la memoria los consejos de su huésped cerca de las prevenciones tan necesarias, que habia de llevar consigo, especial la de los dineros y camisas, determinó volver á su casa, y acomodarse de todo, y de un escudero, haciendo cuenta de recibir á un Labrador vecino suyo, que era pobre y con hijos; pero muy á propósito para el oficio escuderil de la caballería. Con este pensamiento guió á Rocinante hácia su aldea, el qual casi conociendo

(1) Esto es, la *hora* de la alba, cuyo sustantivo, con que finaliza el cap. III, es la palabra inmediata al artículo, con que empieza el IV, leyendo el texto seguido, y sin interrupción de capítulos ni epígrafes, que se inventaron para descanso y comodidad del lector. Los antiguos á lo menos sin ellos escribían.

la querencia, con tanta gana comenzó á caminar, que parecia que no ponía los pies en el suelo. No habia andado mucho, quando le pareció, que á su diestra mano, de la espesura de un bosque, que allí estaba, salian unas voces delicadas como de persona que se quejaba. Y apénas las hubo oído, quando dixo: gracias doy al cielo por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo que debo á mi profesion, y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos: estas voces sin duda son de algun menesteroso ó menesterosa, que ha menester mi favor y ayuda. Y volviendo las riendas, encaminó á Rocinante hácia donde le pareció, que las voces salian. Y á pocos pasos que entró por el bosque, vió atada una yegua á una encina, y atado en otra un muchacho desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba, y no sin causa, porque le estaba dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen talle (1), y ca-

(1) Tiene con esta aventura alguna semejanza la que se cuenta en el cap. 72, de *Amadis de Gaula*, sobre que pasando cerca de otro bosque Daraydo y Galtaziro oyeron

da azote le acompañaba con una reprehension y consejo, porque decia: la lengua queda, y los ojos listos. Y el muchacho respondia: no lo haré otra vez, señor mio: por la pasión de Dios, que no lo haré otra vez, y yo prometo de tener de aquí adelante mas cuidado con el hato. Y viendo Don Quixote lo que pasaba, con voz airada dixo: descortes caballero, mal parece tomáros con quien defender no se puede: subid sobre vuestro caballo, y tomad vuestra lanza, (que tambien tenia una lanza arrimada á la encina, adonde estaba arrendada la yegua) que yo os haré conocer, ser de cobardes, lo que estais haciendo. El labrador, que vió sobre sí aquella figura llena de armas, blandiendo la lanza sobre su rostro, túvose por muerto, y con buenas palabras respondió: señor caballero, este muchacho, que estoy castigando, es un mi criado, que me sirve de guardar una manada de ovejas que tengo en estos contornos, el qual es tan descuidado,

voces lastimeras de persona que se quejaba, é internándose en él, vieron que dos damas estaban azotando con varas verdes á un caballero, desnudo y atado á un tronco de encina, por amante desleal, que habia dado palabra de casamiento á entrambas á un mismo tiempo.

que cada día me falta una, y porque castigo su descuido ó bellaquería, dice que lo hago de miserable, por no pagalle la soldada que le debo, y en Dios y en mi ánima que miente. ¡Miente, delante de mí, ruin villano? dixo Don Quixote. Por el sol que nos alumbra, que estoy por pasáros de parte á parte con esta lanza: pagalde luego sin mas réplica, si no, por el Dios que nos rige, que os concluya y aniquile en este punto: desatado luego. El labrador baxó la cabeza, y sin responder palabra, desató á su criado: al qual preguntó Don Quixote, que quanto le debía su amo. Él dixo que nueve meses á siete reales cada mes. Hizo la cuenta Don Quixote, y halló que montaban sesenta y tres reales, y díxole al labrador, que al momento los desembolsase, si no queria morir por ello. Respondió el medroso villano, que por el paso en que estaba, y juramento que habia hecho, (y aun no habia jurado nada) que no eran tantos: porque se le habian de descontar y recibir en cuenta tres pares de zapatos que le habia dado, y un real de dos sangrías, que le habian hecho estando enfermo. Bien está todo eso, replicó Don Quixote; pero qué-

dense los zapatos y las sangrías por los azotes que sin culpa le habeis dado: que si él rompió el cuero do los zapatos que vos pagástes, vos le habeis rotpido el de su cuerpo, y si le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habeis sacado: así que por esta parte no os debe nada. El daño está, señor caballero, en que no tengo aquí dineros: véngase Andres conmigo á mi casa, que yo se los pagaré un real sobre otro. ¡Írme yo con él, dixo el muchacho? Mas mal año! No señor, ni por pienso: porque en viéndose solo me desollará como á un San Bartolomé. No hará tal, replicó Don Quixote: basta que yo se lo mande, para que me tenga respeto, y con que él me lo jure por la ley de caballería que ha recibido, le dexaré ir libre, y aseguraré la paga. Mire vuestra merced, señor, lo que dice, dixo el muchacho, que este mi amo no es caballero, ni ha recibido órden de caballería alguna: que es Juan Haldudo el rico, el vecino del Quintanar. Importa poco eso, respondió Don Quixote, que Haldudos puede haber caballeros: quanto mas, que cada uno es hijo de sus obras. Así es verdad, dixo Andres. ¡Pero este mi amo

de que obras es hijo, pues me niega mi soldada y mi sudor y trabajo? No niego, hermano Andres, respondió el labrador, y hacedme placer de veniros conmigo, que yo juro por todas las órdenes que de caballerías hay en el mundo, de pagáros como tengo dicho, un real sobre otro, y aun sahumados. Del sahumero os hago gracia, dixo Don Quixote, dádselos en reales, que con eso me contento: y mirad que lo cumplais como lo habeis jurado; si no, por el mismo juramento os juro de volver á buscáros, y á castigáros, y que os tengo de hallar, aunque os escondais mas que una lagartija. Y si quereis saber quien os manda esto, para quedar con mas veras obligado á cumplirlo, sabed, que yo soy el valeroso Don Quixote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones, y á Dios quedad, y no se os parta de las miéntes lo prometido y jurado, sopena de la pena pronunciada. Y en diciendo esto picó á su Rocinante, y en breve espacio se apartó dellos. Siguióle el labrador con los ojos, y quando vió, que habia traspuesto del bosque, y que ya no parecia, volvióse á su criado Andres, y díxole: venid acá, hijo mio, que os quiero pagar lo que os

debo,

debo, como aquel deshacedor de agravios me dexó mandado. Eso juro yo, dixo Andres, y como que andaré vuestra merced acertado, en cumplir el mandamiento de aquel buen caballero, que mil años viva, que segun es de valeroso y de buen juez, vive Roque, que si no me paga, que vuelva y execute lo que dixo. Tambien lo juro yo, dixo el labrador; pero por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda por acrecentar la paga. Y asiéndole del brazo, le tornó á atar á la encina, donde le dió tantos azotes, que le dexó por muerto. Llamad, señor Andres, ahora, decia el labrador, al desfacedor de agravios, veréis como no desfaze aqueste, aunque creo que no está acabado de hacer, porque me viene gana de desolláros vivo, como vos temíades. Pero al fin le desató, y le dió licencia que fuese á buscar á su juez, para que executase la pronunciada sentencia. Andres se partió algo mohino, jurando de ir á buscar al valeroso Don Quixote de la Mancha, y contarle punto por punto lo que habia pasado, y que se lo habia de pagar (1) con

(1) Las setenas era la pena en que alguno era condenado en el siete tanto, ó en siete partes mas del daño hecho.

las setenas. Pero con todo esto él se par-
tió llorando, y su amo se quedó riendo :
y desta manera deshizo el agravio el va-
leroso Don Quixote, el qual contentísimo
de lo sucedido, pareciéndole, que habia da-
do felicísimo y alto principio á sus caba-
llerías, con gran satisfacion de sí mismo
iba caminando hácia su aldea, diciendo á
media voz : bien te puedes llamar dichosa
sobre quantas hoy viven en la tierra, ó
sobre las bellas bella Dulcinea del Toboso,
pues te cupo en suerte tener sujeto y ren-
dido á toda tu voluntad é talante, á un
tan valiente y tan nombrado caballero,
como lo es y será Don Quixote de la Man-
cha, el qual, como todo el mundo sabe,
ayer recibió la órden de caballería, y hoy
ha desfecho el mayor tuerto y agravio,
que formó la sinrazon y cometió la cruel-
dad. Hoy quitó el látigo de la mano á
aquel desapiadado enemigo, que tan sin
ocasion vapulaba á aquel delicado infante.
En esto llegó á un camino, que en qua-
tro se dividia, y luego se le vino á la ima-
ginacion las encrucijadas, donde los ca-
balleros andantes se ponian á pensar, qual
camino de aquellos tomarian : y por imi-
tarlos, estuvo un rato quedo, y al cabo de

haberlo muy bien pensado, soltó la rien-
da á Rocinante, dexando á la voluntad
del rocin la suya, el qual siguió su pri-
mer intento, que fué el irse camino de su
caballeriza. Y habiendo andado como dos
millas, descubrió Don Quixote un grande
tropel de gente, que como despues se su-
po, eran unos mercaderes Toledanos, que
iban á comprar seda á Murcia. Eran seis,
y venian con sus quitasoles, con otros qua-
tro criados á caballo, y tres mozos de mu-
las á pie. Apénas los divisó Don Quixote,
quando se imaginó ser cosa de nueva aven-
tura, y por imitar en todo quanto á él le
parecia posible los pasos que habia leído
en sus libros, le pareció venir allí de mol-
de uno que pensaba hacer. Y así, con gen-
til continente y denuedo, se afirmó bien
en los estribos, apretó la lanza, llegó la
adarga al pecho, y puesto en la mitad del
camino, estuvo esperando que aquellos ca-
balleros andantes llegasen, (que ya él por
tales los tenia y juzgaba) y quando lle-
gáron á trecho, que se pudieron ver y
oir, levantó Don Quixote la voz, y con
ademan arrogante dixo : todo el mundo
se tenga, si todo el mundo no confie-

sa (1), que no hay en el mundo todo doncella mas hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea (2) del Toboso. Paráronse los mercaderes al son de estas razones, y á ver la estraña figura del que las decia: y por la figura y por ellas luego echáron de ver la locura de su dueño; mas quisieron ver despacio, en que paraba aquella confesion que se les pedía, y uno dellos, que era un poco burlon y muy mucho discreto le dixo: señor caballero, nosotros no conocemos quien es esa buena señora que decís, mostrádnosla, que si ella fuere de tanta hermosura como significais (h), de buena gana y sin apremio alguno confesarémos la verdad que por parte vuestra nos es pedida. Si os la mostrara, replicó Don Quixote, ¿que hicierades vosotros, en confesar una verdad

(1) Así Amadis se combatio con Angriote de Estravaus y su hermano, que guardaban un paso, en que defendian que la señora de Angriote era la mas hermosa de todas. (cap. 18.) Así Brimartes desafió al duque, y derribándole del caballo, le dixo: *muerto soys, sino conoceis que vuestra señora no iguala á la hermosura de mi Onoria.*

(2) Adoptó sin duda Don Quixote este dictado de Amadis de Gaula, que se le dio á su dama la señora Oriana. (cap. 4.) Y aunque otros caballeros andantes honraron con él á sus señoras, Amadis es mas antiguo, y á quien mas procuró imitar Don Quixote.

tan notoria? La importancia está, en que sin verla lo habeis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender: donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia: que ahora vengais uno á uno, como pide la orden de caballería, ora todos juntos, como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea, aquí os aguardo y espero, confiado en la razon que de mi parte tengo. Señor caballero, replicó el mercader, suplico á vuestra merced en nombre de todos estos Príncipes que aquí estamos, que, porqué no encarguemos nuestras conciencias, confesando una cosa por nosotros jamas vista ni oida, y mas siendo tan en perjuicio de las Emperatrices y Reynas del Alcarria y Extremadura, que vuestra merced sea servido de mostrarnos algun retrato de esa señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo: que por el hilo se sacará el ovillo, y quedaremos con esto satisfechos y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado: y aun creo, que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre que es tuer-ta de un ojo, y que del otro le mana bermellon y piedra azufre, con todo eso, por complacer á vuestra merced, dirémos en

su favor todo lo que quisiere. No le mana, canalla infame, respondió Don Quixote encendido en cólera, no le mana, digo, eso que dices; sino ámbar y algalia entre algodones, y no es tuerta ni corcobada, sino mas derecha que un huso de Guadarrama. Pero vosotros pagaréis la grande blasfemia que habeis dicho contra tamaña beldad, como es la de mi señora. Y en diciendo esto, arremetió con la lanza baxa contra el que lo habia dicho, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera, que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo pasara mal el atrevido mercader. Cayó Rocinante y fué rodando su amo una buena pieza por el campo, y queriéndose levantar, jamas pudo: tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada, con el peso de las antiguas armas. Y en tretanto que pugnaba por levantarse, y no podia, estaba diciendo: non fuyais, gente cobarde, gente cautiva, atended que no por culpa mia, sino de mi caballo estoy aquí tendido. Un mozo de mulas de los que allí venian, que no debia de ser muy bien intencionado, oyendo decir al pobre caido tantas arrogancias, no lo pudo su-

frir sin darle la respuesta en las costillas. Y llegándose á él, tomó la lanza, y despues de haberla hecho pedazos, con uno dellos comenzó á dar á nuestro Don Quixote tantos palos, que á despecho y pesar de sus armas, le molió como cibera. Dábanle voces sus amos, que no le diese tanto, y que le dexase; pero estaba ya el mozo picado, y no quiso dexar el juego hasta embidar todo el resto de su cólera: y acudiendo por los demas trozos de la lanza, los acabó de deshacer sobre el miserable caido, que con toda aquella tempestad de palos que sobre él (*i*) via, no cerraba la boca, amenazando al cielo y á la tierra y á los malandrines, que tal le parecian. Cansóse el mozo, y los mercaderes siguiéron su camino, llevando que contar en todo él del pobre apaleado, el qual despues que se vió solo, tornó á probar si podia levantarse: pero si no lo pudo hacer quando sano y bueno; como lo haria molido y casi deshecho? Y aun se tenia por dichoso, pareciéndole, que aquella era propia desgracia de caballeros andantes, y toda la atribuia á la falta de su caballo, y no era posible levantarse, segun tenia brumado todo el cuerpo.

CAPÍTULO V.

Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro caballero.

VIENDO pues, que en efeto no podía menearse, acordó de acogerse á su ordinario remedio, què era pensar en algun paso de sus libros, y trúxole su cólera á la memoria aquel de Valdovinos y del Marques de Mantua, quando Carloto le dexó herido en la montaña: historia sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y aun creida de los viejos, y con todo esto, no mas verdadera que los milagros de Mahoma. Esta pues le pareció á él, que le venia de molde para el paso en que se hallaba, y así con muestras de grande sentimiento, se comenzó á volcar por la tierra, y á decir con debilitado aliento lo mesmo, que dicen decia el herido caballero del bosque:

¿Donde estas, señora mia,
que no te duele mi mal?
O no lo sabes, señora,
ó eres falsa y desleal.

Y desta manera fué prosiguiendo el romance, hasta aquellos versos que dicen:

O noble Marques de Mantua ¡ahoy á Dios
mi tío y señor carnal.

Y quiso la suerte, que quando llegó á este verso, acertó á pasar por allí un labrador de su mesmo Lugar, y vecino suyo, que venia de llevar una carga de trigo al molino: el qual viendo aquel hombre allí tendido, se llegó á él, y le preguntó que quien era, y que mal sentía, que tan tristemente se quejaba. Don Quixote creyó sin duda, que aquel era el Marques de Mantua su tío, y así no le respondió otra cosa, sino fué proseguir en su romance, donde le daba cuenta de su desgracia y de los amores del hijo del Emperante con su esposa, todo de la mesma manera que el romance lo canta (1). El labrador estaba

(1) Este romance, compuesto por Geronimo Treviño, consta de tres partes, y se imprimió en Alcalá año de 1598. Refiere que Carloto, hijo de Carlo Magno, sacó engañado á la Floresta sin ventura á Baldovinos con ánimo de quitarle la vida, y de casarse con su viuda. Dióle con efecto veinte y dos heridas mortales, y le dexó. Andaba cazando por allí su tío el marques, y oyendo los lamentos del herido, reconocióle. Envió una embaxada al Emperador, que residia en Paris, con el conde Dirlos, visorrey de allende el mar, pidiendo justicia, y Carlo Magno mandó executar la sentencia de muerte en su hijo Carloto. Pondránse, aunque

admirado, oyendo aquellos disparates: y quitándole la visera, que ya estaba hecha pedazos de los palos, le limpió el

interrumpidamente, los versos que repetía Don Quixote, que por unos quantos palos que le dio el mozo de mulas, se queja como si estuviera herido de muerte como Baldovinos, que prosigue hablando con su muger así:

O mi primo Montesinos!

O infante Don Merian!

.....

O esforzado Don Raynaldos!

O buen paladin Roldane!

.....

O noble marques de Mantua,

Mi señor tio carnale!

Dónde estais, que no ois

Mi doloroso quejare?

.....

Que á mi llaman Baldovinos,

Que el Franco solian llamare.

Hijo soy del Rey de Dacia,

Hijo soy suyo carnale,

Uno de los Doce Pares

Que á su mesa comen pane.

.....

La linda infanta Sevilla

Es mi esposa sin dudare.

Hame herido Carloto,

Su hijo del Emperante.

Porque requirio de amores

A mi esposa con maldade,

De mí se fuera á vengare,

Pensando que con mi muerte

Con ella habia de casare, etc.

rostro, que lo tenía lleno de polvo. Y apenas le hubo limpiado, quando le conoció y le dixo: señor Quixada (que así se debía de llamar quando él tenía juicio, y no había pasado de hidalgo sosegado á caballero andante); quien ha puesto á vuestra merced desta suerte? Pero él seguía con su romance á quanto le preguntaba. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitó el peto y espaldar, para ver si tenía alguna herida; pero no vió sangre ni señal alguna. Procuró levantarle del suelo, y no con poco trabajo le subió sobre su jumento, por parecerle caballería mas sosegada. Recogió las armas, hasta las hastillas de la lanza, y liólas sobre Rocinante, al qual tomó de la rienda, y del cabestro al asno, y se encaminó hácia su pueblo, bien pensativo de oír los disparates que Don Quixote decia, y no ménos iba Don Quixote, que de puro molido y quebrantado no se podia tener en el borrico, y de quando en quando daba unos (k) suspiros, que los ponía en el cielo, de modo que de nuevo obligó á que el labrador le preguntase, le dixese que mal sentia: y no parece, sino que el diablo le traía á la memoria los cuentos acomodados á sus

sucesos, porque en aquel punto, olvidándose de Valdóvinos, se acordó del Moro Abindarraez, quando el Alcayde de Antequera Rodrigo de Narváez le prendió, y llevó cautivo á su Alcaydía. De suerte que quando el labrador le volvió á preguntar como estaba, y que sentia, le respondió las mismas palabras y razones, que el cautivo Abencerraje respondia á Rodrigo de Narváez, del mesmo modo que él habia leído la historia en la Diana de Jorge de Montemayor, donde se escribe (1): aprovechándose della tan de propósito, que el labrador se iba dando al diablo; de oír tanta máquina de necesidades. Por donde conoció, que su vecino estaba loco, y dábale priesa á llegar al pueblo, por excusar el enfado, que Don Quixote le causaba con su larga arenga. Al cabo de lo qual dixo: sepa vuestra merced, señor Don

(1) Era Abindarraez del linage tan aplaudido de los Abencerrajes de Granada, y desterrado de ella se crió en Cartama en casa de su alcayde, que tenia una hija de singular belleza, llamada Xarifa, de quien se prendó. Mudaron á Coin á su padre, y yendo una vez Abindarraez á verla, le cautivó Rodrigo de Narváez, á quien el infante Don Fernando el Honesto dexó por Alcayde de Antequera quando la conquistó. Suspiraba tiernamente el moro, y las razones y causas que daba á Narváez de la pena que le causaba la ausencia de Xarifa, son las que imita aquí Don Quixote.

Rodrigo de Narváez, que esta hermosa Xarifa que he dicho, es ahora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, bago y haré los mas famosos hechos de caballerías que se han visto, vean, ni verán en el mundo. Á esto respondió el labrador: mire vuestra merced, señor; pecador de mí! que yo no soy Don Rodrigo de Narváez, ni el Marques de Mantua, sino Pedro Alonso su vecino, ni vuestra merced es Valdóvinos, ni Abindarraez, sino el honrado hidalgo del señor Quixada. Yo sé quien soy, respondió Don Quixote, y sé que puedo ser no solo los que he dicho, sino todos los doce Pares de Francia, y aun todos los nueve de la fama, pues á todas las hazañas, que ellos todos juntos y cada uno de por sí hicieron, se aventajarán las mias. En estas pláticas y en otras semejantes llegaron al Lugar á la hora que anochece; pero el labrador aguardó á que fuese algo mas noche, porque no viesen al molido hidalgo tan mal caballero. Llegada pues la hora que le pareció; entró en el pueblo, y en casa de Don Quixote, la qual halló toda alborotada, y estaba en ella el Cura y el Barbero del Lugar, que eran

grandes amigos de Don Quixote, que estaba diciéndoles su Ama á voces: ¿que le parece á vuestra merced, señor Licenciado Pero Perez (que así se llamaba el Cura) de la desgracia de mi señor? Seis dias ha que no parece él, ni el rocín, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas. ¡Desventurada de mí! que me doy á entender, y así es ello la verdad, como nació para morir, que estos malditos libros de caballerías que él tiene, y suele leer tan de ordinario, le han vuelto el juicio: que ahora me acuerdo, haberle oído decir muchas veces, hablando entre sí, que queria ser caballero andante, é irse á buscar las aventuras por esos mundos. Encomendados sean á Satanas y á Barrabas tales libros, que así han echado á perder el mas delicado entendimiento que habia en toda la Mancha. La Sobrina decia lo mesmo, y aun decia mas: sepa, señor Maese Nicolas (que este era el nombre del barbero) que muchas veces le aconteció á mi señor tío, estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos dias con sus noches, al cabo de los quales arrojaba el libro de las manos, y ponía mano á la espada, y andaba á cuchilladas con las pare-

des, y quando estaba muy cansado, decia, que habia muerto á quatro gigantes como quatro torres, y el sudor que sudaba del cansancio, decia, que era sangre de las heridas, que habia recibido en la batalla, y bebiase luego un gran jarro de agua fria, y quedaba sano y sosegado, diciendo, que aquella agua era una preciosísima bebida, que le habia traído el sabio Esquife (1), un grande encantador y amigo suyo. Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé á vuestras mercedes de los disparates de mi señor tío, para que lo remediaran antes de llegar á lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros, (que tiene muchos) que bien merecen ser abrasados, como si fuesen de hereges. Esto digo yo tambien, dixo el Cura, y á fe que no se pase el dia de mañana, sin que dellos no se haga acto público, y sean condenados al fuego, porque no den ocasion á quien los leyere, de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho. Todo esto estaban oyendo el labrador y Don Quixote, con

(1) Su verdadero nombre es Alquife, que fue el sabio que escribió la crónica de Amadis de Grecia. Acaso la sobrina de Don Quixote estropeó el nombre de este encantador.

que acabó de entender el labrador la enfermedad de su vecino, y así comenzó á decir á voces: abran vuestras mercedes al señor Valdovinos, y al señor Marques de Mantua, que viene mal ferido, y al señor Moro Abindarraez, que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narváez, Alcayde de Antequera. Á estas voces salieron todos, y como conociéron, los unos á su amigo, las otras á su amo y tío, que aun no se habia apeado del jumento porque no podia, corrieron á abrazarle. Él dixo: ténganse todos, que vengo mal ferido por la culpa de mi caballo: llévenme á mi lecho, y llámese, si fuere posible, á la sabia Urgan-da, que cure y cate de mis feridas. Mira, en hora mala, dixo á este punto el Ama, si me decia á mí bien mi corazón, del pie que coxeaba mi señor. Suba vuestra merced en buen hora, que sin que venga esa (*l*) urgada, le sabremos aquí curar. Malditos, digo, sean otra vez y otras ciento estos libros de caballerías que tal han parado á vuestra merced. Lleváronle luego á la cama, y catándole las feridas, no le halláron ninguna, y él dixo, que todo era molimiento, por haber dado una gran caída con Rocinante su caballo, combatiéndose

tiéndose con diez jayanes (1), los mas desafarodos y atrevidos que se pudieran fallar en gran parte de la tierra. Ta, ta, dixo el Cura: ¿jayanes hay en la danza? Para mi santiguada, que yo los queme mañana ántes que llegue la noche. Hiciéronle á Don Quixote mil preguntas y á ninguna quiso responder otra cosa, sino que le diesen de comer, y le dexasen dormir, que era lo que mas le importaba. Hizose así, y el Cura se informó muy á la larga del labrador, del modo que habia hallado á Don Quixote. Él se lo contó todo con los disparates que al hallarle y al traerle habia dicho, que fué poner mas deseo en el Licenciado de hacer lo que otro dia hizo, que fué llamar á su amigo el barbero Maese Nicolas, con el qual se vino á casa de Don Quixote.

(1) Nombre que se da á los gigantes en los libros de caballerías.